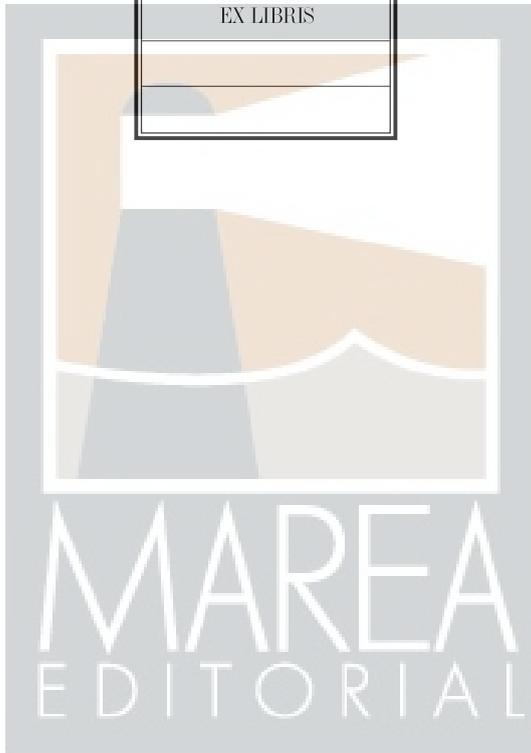




EX LIBRIS



Germán Sasso

EL COLECCIONISTA DE HUESOS

La historia secreta del falso perito
que engañó a la Justicia

MAREA
EDITORIAL

Prólogo del
fiscal Gustavo Pirrello



Sasso, Germán

El coleccionista de huesos : la historia secreta del falso perito que engañó a la Justicia / Germán Sasso ; Prólogo de Gustavo Pirrello. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2024.

208 p. ; 20 x 14 cm. - (Historia urgente / Constanza Brunet ; 113)

ISBN 978-987-823-057-3

1. Investigación Periodística. 2. Corrupción. 3. Sistema Judicial. I. Pirrello, Gustavo, prolog. II. Título.

CDD 070.44932

Dirección editorial: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Víctor Sabanes
Asistencia editorial: Carmela Pavesi
Comunicación: Verónica Abdala
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Corrección: Marisa Corgatelli

Foto de tapa: Laura Ballester

© 2024 Germán Sasso

© 2024 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8230-57-3

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Palabras preliminares

El libro que usted tiene en sus manos trata sobre un muy llamativo personaje. Uno del estilo de esos que pueden verse en las series más afamadas de las plataformas de cine. Un personaje digno de ser explorado, descrito y narrado.

En el año 2015, Marcos Darío Herrero, un policía de la ciudad de Viedma, comenzó a interesarse por la búsqueda de rastros al ver a sus compañeros de la División Canes. Hasta ese momento, su mayor contacto con los perros había sido como paseador.

Buscó información en internet, miró videos de rastrillajes y así empezó a forjar lo que sería su meteórica carrera. Se obnubiló con la mística y el atuendo militar de los adiestradores e instructores más célebres. Y comenzó a imitarlos.

Planificó paso a paso su futuro. El reconocimiento y el dinero serían sus grandes metas. Resolver misteriosos enigmas policiales lo catapultaría a esa popularidad que tanto deseaba.

Era consciente de que para lograr sus objetivos debía cumplir con un requisito indispensable: esclarecer o aportar información determinante en crímenes y desapariciones. Los casos elegidos debían ser los de mayor conmoción y trascendencia pública.

También sabía que su futuro solo estaría asegurado si sus resultados eran victoriosos.

Disfrazado como una especie de Rambo del subdesarrollo, y sin

poseer título que lo habilitara para la actividad, decidió autocalificarse como “Master Canino”. Garantizaba un “éxito del 100 %” en sus búsquedas. Un infalible.

Como lo que prometía era imposible, Herrero diseñó un *modus operandi* para salir airoso en cada una de sus intervenciones. Así fue como comenzó a “meter el perro”. Sistematizó un fraude que le funcionó: sembrar pruebas para luego “encontrarlas”.

Mentía y engañaba a repetición, pero nada le importaba. El impacto de sus primeros “esclarecimientos” alimentaban su ego. Era el “perito estrella” al que todos querían convocar para los casos más difíciles.

Los ingresos por su actividad privada comenzaron a superar a los que percibía como empleado en la Policía de Río Negro. Era famoso y se sentía valorado como nunca. Lo entrevistaban los canales de televisión y las radios. Su imagen victoriosa salía en los diarios. Era un superhéroe argento que lograba lo imposible en casos que no habían sido esclarecidos por el Estado. Dejaba en ridículo al Poder Judicial y se ganaba el reconocimiento y el afecto de decenas de familias a las que les daba una respuesta que el “sistema” no les daba.

En sus rastrillajes, Herrero siempre hallaba evidencia que nadie había descubierto antes. Encontraba lo que otros habían pasado por alto. Además, destacaba ollas que nadie se atrevía y siempre desnudaba alguna megaconspiración que procuraba la impunidad de algún crimen o desaparición.

Sus búsquedas se convirtieron en patéticos espectáculos. Sus rocambolescas declaraciones ante la prensa no eran cuestionadas, sino festejadas y repetidas. Actuaba como un *rockstar* y recibía premios.

En algunos casos, Herrero no se benefició únicamente a sí mismo. También fue funcional y cómplice de jueces, políticos, policías y abogados inescrupulosos. Sabían que era un mercenario, que las evidencias las plantaba, pero no importaba: un idiota útil venía bien para “cerrar casos” con prueba trucha.

Incluso, en causas esclarecidas con prueba real y culpables

detenidos, Herrero también necesitaba sumar “elementos de cargo” –aunque fueran ridículos– para no quedar afuera de agenda. Subirse a la ola era la premisa. Él siempre debía reconfirmar la autoría y dar el veredicto final.

Su fama se fue acrecentando más y más. Sus trabajos no solo debían satisfacer a sus contratantes, sino a la demanda social y –principalmente– mediática. Su costado cholulo alimentaba su ego de manera exacerbada, por esa razón sus hallazgos eran cada vez más estrepitosos y efectistas. Corría para donde soplabla el viento popular. Era una estrella.

En un viaje sin retorno, el adiestrador no pudo parar. Todo lo que tocaba lo ensuciaba. Su enajenación lo llevó a tener un depósito de pruebas truchas en su propia casa. También se llevó un esqueleto humano que comenzó a desmembrar en su patio. Cada vez que era requerido para algún caso cargaba en la mochila lo que pensaba plantar.

Se concentraba en estudiar minuciosamente cada hecho del que fuera a participar. Principalmente qué decían los medios de comunicación, quiénes “sonaban” en la calle como sospechosos y cuáles eran los personajes que sobrevolaban el caso. Si podía denunciar una gran mafia con poderosos y famosos involucrados, mejor. Todo más creíble para los espectadores.

Sistemáticamente en sus rastrillajes se encontrarían mensajes del o los asesinos. O de la propia víctima. Sus casos predilectos eran femicidios, trata de personas, desapariciones forzadas o secuestros extorsivos. Todo se transformó en una especie de juego de ciencia ficción en el que los criminales le dejaban pistas para –llamativamente– ser descubiertos por el propio Herrero. Otro de sus métodos era asesorarse con las familias sobre algunos artículos personales de los desaparecidos. Es así como encontraba amuletos, cartas, aros, ropa. En cada actuación sus hallazgos eran calcados.

Ya descontrolado por el dinero y la fama, que a la vez le otorgaban protección e impunidad, sus presentaciones eran cada vez más ostentosas. Y también grotescas. Sus animales, siempre –sin excepción–

encontraban la “esencia” de la persona buscada. No importaba que hubiesen pasado semanas, meses u años.

Sus perros olían lo que ningún otro perro del planeta lograba. Incluso, cuando le hacían notar que –según describen la bibliografía y los expertos en la materia– el rastro de olor de una persona perdida como máximo 72 horas, Herrero tenía ensayada una respuesta. Explicaba que había desarrollado una técnica inédita a nivel mundial y que a sus canes los hacía trabajar con “energía divina”.

Otra constante en su derrotero era denunciar con retroactividad. Es decir, manifestaba haber “visto cosas” que en el momento del procedimiento no había podido revelar por “seguridad”. Es así que, tiempo después, se presentaba en juzgados o comisarías y declaraba haber descubierto explosivos de guerra, montañas de dólares o impactantes cargamentos de droga. También, antes de tener su propio esqueleto, hacía pasar huesos de vacas o perros como humanos.

El *show* desplegado por Herrero en cada rastrillaje bien podrían ser los capítulos de una saga cómica al estilo *Mr. Bean*, sin embargo, sus excesos ocasionaron un profundo dolor en mucha gente. Familias de víctimas engañadas en su buena fe, recibieron respuestas que creyeron reales. E inocentes señalados y acusados como autores de delitos aberrantes, manchados para siempre en su honor. Personas detenidas con la única y exclusiva prueba trucha aportada por Herrero.

En varias ocasiones, las patrañas lograron ser desenmascaradas, pero el daño moral y el menoscabo social ya era irreversible.

Jean-Jacques Rousseau recuerda en sus epístolas la frase de un delator: “Por más grosera que sea una mentira, señores, no teman. No dejen de calumniar. Aun después de que el acusado la haya desmentido, ya se habrá hecho la llaga, y aunque sanase, siempre quedará la cicatriz”.

También, en esta obra, es motivo de análisis el rol que le cupo al Estado ante tamaño estafador. En algunos casos –como se dijo– hubo complicidades. En otros, en cambio, se lo pudo investigar, neutralizar e imputarle los delitos cometidos.

Fue un fiscal valiente el que dio el primer paso y probó que había plantado los huesos de un mismo esqueleto varón en dos casos diferentes de mujeres desaparecidas. Incluso, cuando se lo detuvo no se privó de ofrecer uno de sus últimos y más delirantes *sketches*: se descartó apurado del “material de trabajo” que tenía escondido en su casa y le regaló una lluvia de huesos a su vecino.

Tampoco se descuida la observación sobre los medios de comunicación que, en su gran mayoría, repetían y multiplicaban sin cuestionamientos los delirios de Herrero. Aunque al final del recorrido la gran mayoría de sus estafas quedaran al descubierto, la noticia ya no tenía interés y el entretenimiento había terminado. Eso contribuyó, necesariamente, a que en el imaginario popular quedara impregnada la mentira.

También es cierto que, en la actualidad, las *fakes news* tienen –lamentablemente– más impacto que la verdad. Las “aclaraciones” no tienen *rating*. Y peor, como ciudadanos, muchas veces –por cuestiones ideológicas o políticas– elegimos creer lo que más nos gusta y no aceptar la incómoda verdad. Por ese motivo, tienen tanto éxito las teorías conspirativas.

En su libro *Infocracia*, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, señala que “las *fakes news* concitan más atención que los hechos. Un solo tuit con una noticia falsa o un fragmento de información descontextualizado puede ser más efectivo que un argumento bien fundado. En esta era de la desinformación y la teoría de la conspiración, la realidad y las verdades fácticas se han esfumado. La información circula ahora completamente desconectada de la realidad, en un espacio hiperreal. Se pierde la creencia en la facticidad. Vivimos en un universo defactificado. La crisis de la verdad hace que la fe en los propios hechos tambalee”. Y agrega que “las teorías conspirativas prosperan especialmente en situaciones de crisis. Hoy no solo existe una crisis económica, sino también una crisis narrativa. Los relatos crean sentido e identidad. Las teorías de la conspiración como microrrelatos proporcionan aquí un remedio. Se asumen como recursos de identidad y significado. Las teorías

de la conspiración resisten a la verificación por los hechos porque son narraciones que, a pesar de su carácter ficticio, fundamentan la percepción de la realidad. Por tanto, son una narración de hechos. En ellas, la ficcionalidad se convierte en facticidad. Lo decisivo no es la facticidad, la verdad de los hechos, sino la coherencia narrativa que la hace creíble”.

Las triquiñuelas del “peritrucho” Herrero habían sido denunciadas por este autor en 2020 desde el diario *La Brújula 24* y en 2021 en el libro *Operación Facundo*, en los que se desmontaba el armado político, mediático y judicial con el que se intentó inventar una “desaparición en democracia”. En ese momento, atreverse a cuestionar la estelar actuación del adiestrador y otros cómplices era una completa herejía.

Las verdades no hacen tanto ruido como las mentiras, ni tienen el mismo *rating* ni el mismo impacto emocional. Es una lucha desigual y difícil. Sin embargo, salir de la zona de confort y seguir haciendo periodismo de profundidad, poniendo sobre la mesa datos y hechos, sigue siendo gratificante.

Este trabajo reconstruye las actuaciones de Herrero en sus veinte casos más famosos. Y demuestra que todas y cada una de ellas fueron un fraude absoluto. Una investigación decisiva que desnuda un fenomenal entramado de mentiras y engaños.

GERMÁN SASSO

MAREA
EDITORIAL

Marcos Darío Herrero nació el 19 de enero 1976 en la ciudad de Viedma. Trabajó diecisiete años en la Policía de Río Negro y fue un anónimo personaje que cumplió funciones ordinarias dentro de la fuerza. Luego de casarse, a mediados de 2002, se autodenominó entrenador aficionado de perros, y su principal tarea era más que noble: pasear y ayudar a buscar las mascotas perdidas de sus vecinos. Pero su vida no tenía la emoción ni la épica que anhelaba.

Pronto vendrían grandes cambios.

En 2008 comenzó a perfilar su personaje de ciencia ficción que lo catapultaría a la fama. Su primer paso firme fue la inauguración de una ONG llamada Kaman Trehua, de “adiestramiento civil y deportivo de canes de búsqueda”. Al tiempo comenzó a autocalificarse como “Master Trainer Canino”, y a dar charlas.

Se fue ganando la confianza y la admiración de distintas agrupaciones K-9 (sigla internacional de las unidades caninas). Se acercó a los Bomberos Voluntarios de Punta Alta y se convirtió en su líder espiritual. No era casualidad. Era una estrategia para no despertar sospechas. Camuflarse bajo el amparo de una respetable e inocente institución ayudaría a disimular sus fechorías.

Herrero nunca estudió ni aprendió nada serio en relación con la odorología forense, que es la técnica por la cual canes entrenados identifican los olores humanos en la escena del crimen, o cinotecnia, que

es la ciencia que estudia el comportamiento, la fisiología y la psicología de los perros. Nunca rindió ni homologó su trabajo en el organismo nacional encargado de autorizar a entrenadores para el desarrollo de estas actividades.

Cuando le preguntaban si su técnica estaba avalada por algún organismo o institución reconocida, el peritrucho argumentaba que había desarrollado su propia técnica y que no necesitaba ser habilitado ni calificado por nadie.

En una entrevista con la revista *Noticias*, y mientras aprovechaba sus días de fama, se definía como antisistema y así explicaba su independencia a la hora de trabajar. Era un héroe que luchaba contra todo y todos. “Yo voy en contra de lo que se llama el sistema o el gobierno. Yo soy muy directo en las causas y eso es lo que molesta. Esa es la razón por la que me han llamado mercenario. Pero en estas cosas, estás del lado de Dios o del lado de Satanás”, describía. Sus declaraciones no eran antojadizas, eran como un pararrayos que buscaban evitar las críticas que inevitablemente llegarían por sus tretas y engaños.

La energía

Los especialistas, certificados y reconocidos en materia de búsqueda de rastros con perros han dejado en ridículo a Herrero en cada caso en que se ha evaluado lo que él denomina su técnica. Todos han coincidido en que el olor o esencia de una persona puede llegar a perdurar –como máximo– unas 72 horas. Así lo indica la bibliografía mundial. Sin embargo, los perros de Herrero detectaban olores sin límite temporal. No importaba el tiempo transcurrido, su propio método le permitía derrumbar todas las teorías científicas y hasta de sentido común.

Cuando alguien preguntaba cómo era posible que realizara hallazgos en casos sucedidos hacía meses u años, el peritrucho apelaba a una respuesta esotérica: “Mis perros no son perros comunes. Son

únicos en el mundo, trabajan con la energía de la persona muerta o desaparecida”.

“Resultados positivos en búsquedas sin límites temporales desde la desaparición de la persona”, era lo que promocionaba el propio peritrucho en las redes sociales y a la hora de ofrecer sus servicios.

En la entrevista con *Noticias*, daría explicaciones sobre sus “conexiones” con los perros.

Yo veía que se trabaja mucho con la opresión al perro. Por eso, desarrollé una función científica determinada. Logré entablar un rol con lo cuántico, con la etología y la neurología. La relación que tiene una madre con el bebé es mediante el cordón umbilical y es lo que permite desarrollar las capacidades que va a tener el bebé a futuro. Esas mismas cualidades, y ese vínculo, es lo que yo debo tener con el perro. Si no tengo ese vínculo de emoción, de energía, de comunicación con el perro no puedo hacer la búsqueda.

Luego, en diálogo con Canal 9 de Mendoza, brindaría detalles sobre el método creado y desarrollado por él mismo. Un experimento único y sobrenatural.

Lo que el perro determina es un cambio de energía. Estos cambios energéticos son los que nos pueden ayudar a brindar una mejor información en el ámbito de los crímenes o de personas desaparecidas. Si lo del olor que busca el perro es cuestionable en el ámbito científico, porque se dice que dura muy poco, entre 24 y 48 horas; bueno el tema de la energía está siempre. Lo que sucede es muy complicado de explicar o entender. Pero podemos decir que en el medio ambiente se puede borrar una huella digital, se puede borrar el olor, pero no la energía. Así podemos identificar dónde está la persona o dónde estuvo. En el caso de un crimen o una persona desaparecida cuando no hay olor se detecta la energía, por eso hemos encontrado restos pasados muchos años.

Índice

Prólogo , fiscal Gustavo Pirrello.....	9
Palabras preliminares , Germán Sasso	13
Introducción . La técnica.....	19
1. Caso Maira Benítez	27
2. Caso Micaela	31
3. Caso Marito Salto	44
4. Caso Lucas Muñoz	56
5. Caso Araceli Fulles	60
6. Caso Daiana Garnica	86
7. Caso Machuca	90
8. Caso Estela López	93
9. Caso Maldonado	99
10. Caso Painevil	110
11. Caso “Pupi” Rubilar	113
12. Doble femicidio	116
13. Caso Colque	124
14. Caso Curaqueo	126
15. Caso Herrera	128
16. Caso Facundo	130
17. “Combo” cordobés	163
18. Caso Lescano	168
19. Caso Marcela López	171
20. Caso Viviana Luna	179
Epílogo . La impunidad no dura para siempre.....	203
Agradecimientos	205



Esta edición de
El coleccionista de huesos
se terminó de imprimir en Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de noviembre de 2024.